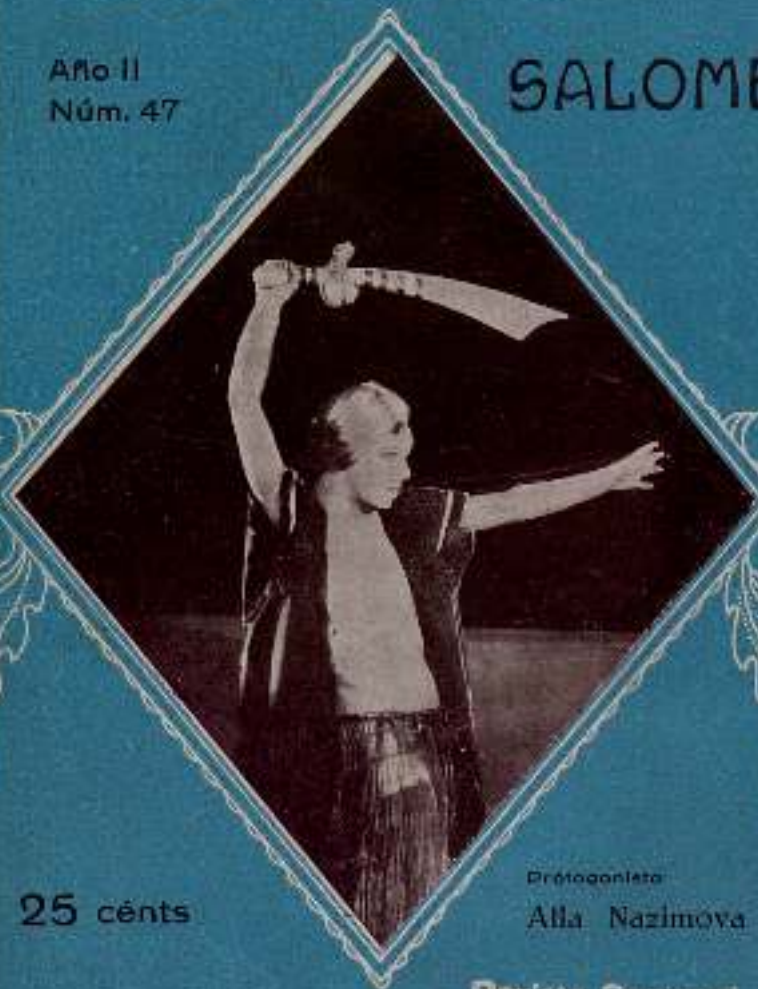


# Novela Popular Cinematográfica

Año II  
Núm. 47

## SALOMÉ



25 cénts

Protagonista  
Alla Nazimova

Revista Semanal

ÈMOJAS

II oña  
7A.món

# Salomé

*Argumento, en forma de novela, de la película así titulada. Exclusivo de «Los artistas asociados»: Rambla de Cataluña, 62.*

PROTAGONISTA: ALIA NAZIMOVA

1

Inmensa era la iniquidad del Mundo, cuando tuvieron lugar los sucesos de que fué principal protagonista Salomé, hija de Herodías e hijastra de Herodes, tetrarca de la Judea.

Reinaba el tetrarca sobre aquel infortunado país, a tiempo que vivía rodeado por los vicios más terribles, como en un charco de cieno, y por los más horrendos crímenes. A él, máximo criminal y máximo vicioso, todo le era indiferente con tal de gozar, sin regua, de lo que él consideraba placeres. Si había que perpetrar un crimen para satisfacer un capricho suyo, se perpetraba; si había que hundirse en abismos de lodo, nada importaba, se hundía.



Estaba dominado el tetrarca, señaladamente, por la lujuria. Aun no hacía mucho tiempo, impulsado por torpes deseos hacia Herodías — que era esposa de un hermano suyo, de un hijo de los mismos padres que él, que Herodes, tetrarca de la Judea, — se había hundido en uno de estos abismos: mandó asesinar o asesinó él mismo a su propio hermano para apoderarse de la que era su esposa, de Herodías, y al mismo tiempo del trono, que antes que él, por derecho heredado, ocupaba su hermano.

Ahora, ya el trono y Herodías le pertenecían. Pero su sed de placeres cruentos no estaba satisfecha. Y estaba codicioso de adueñarse de la belleza de Salomé, hija de Herodías y de su hermano.

En efecto; Salomé, delgada como una adolescente, bella como un bello ensueño de poeta, ágil y gentil, de boca y ojos sensuales, caprichosa, de gestos altivos, con un cuerpo más lindo que la más linda creación de un escultor, de mirada profunda y como apetente de horizontes lejanos, soñadora, pasional, instintiva, una bella joya de la naturaleza, en fin, era algo maravilloso. Herodes, por hacerla suya, estaba dispuesto a realizar los más terribles sacrificios. Pero ella no le hacía mucho caso, ni daba oídos a sus palabras, henchidas de promesas. Herodes, por eso, meditaba qué nuevo crimen tendría que realizar o a qué abismo habría de descender para lograr sus propósitos.

Herodías, que era tan mala y tan lujuriosa como su esposo, vigilaba.

Así estaban las cosas en el infortunado país de la Judea, cuando apareció un hombre extraño, de ojos brilladores, encendidos, de boca por la que salían como de un volcán, palabras conde-

nadoras. Era el profeta San Juan el Bautista (lo llamaban en la Historia), precursor de la voz del Mesías, cuyas palabras, terribles como truenos, se extendían por todos los ámbitos de la tierra, en acerba y brava condenación de las iniquidades de Herodes y de las abominaciones de Herodías.

Pronto cayó el profeta en manos de sus enemigos y fué encerrado en una cisterna. Herodes, ante él, tembló y no se atrevió a decretar su muerte.

Pero el mismo día que se llevó a cabo la prisión, por la noche, en el palacio, Herodes dispuso un banquete orgiástico. Ya que no podía matar a aquel hombre que tales cosas decía de él y de su esposa, trataba de olvidar, con la orgía, sus reproches.

En la mesa principal se sentaban, en el centro, Herodes y Herodías; al lado de ésta, su paje favorito; al lado del tetrarca, Salomé.

En otras mesas, sacerdotes y pajes y soldados, cada clase aparte, en multitud.

Fuera, en la puerta principal, frente a la cual y antes de salir al jardín, estaba la cisterna en que había sido encerrado el profeta; vigilaban, haciendo la guardia, aparte de los soldados que cuidaban la cisterna y del verdugo, que con una espada inmensa, estaba colocado a un lado, sobre una altura, para que se viera desde todas partes, Nababath, joven príncipe de Siria, arrojado de su trono y forzado a servir a Herodes como capitán de su guardia, y un antiguo sirvidor suyo que le había seguido hasta allí y con el cual se tenía.

En el cielo, lucía una luna blanca, lechosa, derramando sobre la tierra una luz un poco enfermiza. El ambiente, en general, parecía lleno de presagios funestos.



Dentro, continuaba la orgía. Herodes, ya cargado de bebidas fuertes, acercó su rostro sensual a Salomé y le dijo:

—Salomé, acércate, y bebe conmigo de este vino que lleva en sus vapores el incentivo del placer.

Salomé no contestó. Hizo un gesto de desagrado, de malhumor, de repugnancia, nerviosa y pronta a saltar de su asiento, como impelida por una fuerza suprema.

Herodías, advirtiendo lo que ocurría, dijo a su esposo:

—Contemplas demasiado a Salomé... ¡Yo te prohíbo que la mires de ese modo!

Después de esto, reinó, en la mesa, un silencio absoluto.

Fuera, Narrabath miraba fijamente a la luna, como pidiéndole consejo. Cuando ya la hubo contemplado largo rato, dijo a su amigo:

—¡Contempla la luna! ¡Mira qué aire tan extraño tiene! ¡Su rostro pálido y enigmático parece hablarnos de desolación y de muerte!

—No quiero contemplarla, ¡Ya la contemplas tú demasiado!

En tanto, en la mesa de los sacerdotes se discutía:

—Los ángeles existen—decía uno.

—Los ángeles no existen—replicaba otro.

Y eran hombres barbudos, que aconsejaban, en los trances supremos, al tetrarca.

En la mesa principal, después del largo silencio, Herodes volvió a mirar fijamente a Salomé, con una mirada cargada de torpes deseos.

Y Herodías volvió a decir a su esposo:

—¡Vuelvo a exigirte que no te fijes más en Salomé; que no la vuelvas a mirar de ese modo!

Salomé, no pudiendo resistir más ya su nervio-

sidad, se levantó de la mesa y salió del amplio salón, cargado de olores fuertes de guisados y de vinos, hacia el patio, y al atravesar la puerta, corrió la cortina, con deseo evidente de no ver, desde fuera, la orgía.

Narrabath, al verla salir, se tendió a sus pies. Ella se quedó, un instante, parada. Y él dijo, con voz estremecida, pues estaba locamente enamorado de la bella princesa:

—¿No queréis acercaros, princesa? ¿No os dignáis siquiera dirigir una mirada de compasión o de amor al que por vos sufre profundamente?

Salomé no contestó y siguió su camino, yendo hacia el pequeño muro desde el que se veía el jardín y colocándose, tendida de modo sensual, sobre él, junto a la verja que guardaba la cisterna.

El amigo de Narrabath, en cuanto Salomé se hubo alejado, dijo a éste:

—¿Por qué le hablas, Narrabath? ¿No ves que estás labrándote por ti mismo tu desgracia?

Narrabath hizo un gesto de pena y de desesperación, pero no replicó nada.

De súbito, del fondo de la cisterna, salió una voz, la voz del profeta, que decía:

—¡Bien venido sea el Hijo del Señor! ¡Bien venido el Libertador de los Hombres...! ¡Los ojos de los ciegos se abrirán a la luz esplendente de la Verdad, y a los oídos de los sordos llegarán dulcísimas palabras de Paz y de Amor!

Salomé, como impulsada por una fuerza exterior, dió un brinco ágil, como el que pudiera dar un pajarillo, y, acercándose a los soldados que vigilaban la cisterna, preguntó:

—¿Quién hay en la cisterna?

—¡Es el profeta Iocanaan, princesa!—contestó el soldado.



Un paje servicial se acercó a Salomé y le dijo:

—¿Queréis que pida vuestra litera, princesa? El tiempo es magnífico, y el jardín invita a deleitarse en el ambiente de sus primaverales perfumes.

Dentro del palacio, Herodes había advertido la ausencia de Salomé y ordenó a un esclavo negro:

—Vé a decirle a la princesa que el tetrarca le ruega vuelva al festín.

Salió el esclavo; llegó hasta Salomé y, tendiéndose a sus pies, habló:

—El tetrarca os ruega que volváis a la fiesta.

Salomé le apartó con los pies y, dirigiéndose al soldado que le había dicho quién había en la cisterna, le dijo:

—¡Yo quiero hablar con el profeta!

El esclavo que había venido con la orden del tetrarca, orden que ni siquiera tuvo escuchada, sabiendo lo que le esperaba, prefirió darse la muerte. El. Subió al muro, por una parte que daba a un abismo y se arrojó decidido, con un gesto heroico.

El soldado contestó a Salomé:

—Creo que sería imposible, princesa. El tetrarca ha prohibido terminantemente que se le hable y ninguno de nosotros osaríamos quebrantar la prohibición.

Salomé, nerviosa, pateó en el suelo, con violencia, y exclamó:

—¡Haced salir al Profeta!

—¡Imposible, princesa!—volvió a decir el soldado.—El propio tetrarca impidió al gran Sacerdote que le hablase... Nuestras vidas son vuestras, princesa, y, no obstante, no podemos acceder a semejante petición.

Salomé, que vio en la cintura de Narrabath la llave de la cisterna, se acercó a aquel hombre que

tanto la amaba y, mirándole de un modo prometedo, le dijo:

—Tú harás un sacrificio por mí, ¿no es cierto, Narrabath?... Y mañana, cuando yo pase en mi litera sobre la puerta de los vendedores de ídolos, dejaré una pequeña flor para ti, una pequeña flor verde, de esperanza...

Narrabath se sintió débil, tan grande era su amor. Intentó resistir:

—Yo no puedo, princesa, yo no debo...

—Tú sabes bien—agregó Salomé, mirando a Narrabath con una mirada maravillosa, demoníaca y hechicera,—tú sabes bien, Narrabath, que tu voluntad está encadenada a mis antojos, y sé, también, que tú harás cuanto te pida.

El amigo de Narrabath miró a éste con pena, como despidiéndose de él; Narrabath bajó la cabeza hacia el suelo, vencido por el fuego que había en la mirada de Salomé, y Salomé, mirando al jardín, mirando a la luna, mirando a las rejas de la cisterna, a tiempo que hacia con su cuerpo un escorzo magnífico, de una plasticidad difícilmente superada, sonrió como únicamente pueden sonreír los ángeles o los demonios. Fue aquella una sonrisa divina que tenía también mucho de demoníaco.



## II

De súbito, en el gran silencio que reinaba en el patio, pues tanto los soldados como los guardias sentían un terror extraordinario, volvió a oírse la voz inconfundible del profeta, cuyo timbre, fino y matizado por la gran pasión en que ardía, se entraba en los oídos como una música nueva, rara y maravillosa.

Decía aquella voz:

—¿Quién es esa mujer que se deja impulsar por la concupiscencia de sus ojos? ¿Que venga, que oiga y que entienda las palabras mías, que sólo son una preparación de las que habrá de decir el Señor.

Salomé, ya con la llave de la cisterna en sus manos, pues Narrabath, al fin, como era de esperar, se la había entregado, corrió hacia la verja que guardaba al preso para oírle mejor. Y cuando ya hubo callado el profeta, abrió y le hizo salir.

Cuando Salomé le vió fuera, sintió removerse toda su entraña; y vió que sus pensamientos se tornaban confusos; y se dió cuenta de que temblaba como una florecilla débil que estuviera a merced del viento, ella que no había temblado nunca. Aquel hombre tenía una potencia de sugestión como jamás hubiera creído ella que alguien pudiera tener. Tenía una boca, en la que ella se habría puesto a besar para siempre, para toda la eterni-

dad. Tenía unos ojos con un fuego sólo comparable al del sol.

Salomé, toda temblorosa, se acercó al profeta y le habló, humildemente, como pidiéndole la gracia de una mirada, como rogándole la limosna de una palabra de amor.

—Yo soy Salomé, hija de Herodias, princesa de Judea.



El profeta, como si no la oyerá, miraba al cielo con sus ojos profundos y negros y encendidos.

Salomé insistió:

—Háblame, locaana; quiero seguir tus consejos, someterme a tus inspiraciones, ser hija de tu voluntad. Díme: ¿Qué es lo que yo debo hacer?

—Vete al desierto, hija de Sodoma!... ¡Allí la meditación y la penitencia se harán digna de acercarte a Dios!



—¿El es tan bueno como tú, Iocanaan?

Una sombra agorera pasó, rápida y fugaz, por el patio.

El profeta, que la vió, alzó los ojos hasta ella y exclamó:

—Ángel de la Muerte, ¿qué haces tú aquí con tu soberanía? ¿Qué buscas en este inmundo palacio, a la licencia y a la liviandad consagrado?

Y viendo que Salomé le miraba atónita, con gesto de entusiasmo y de admiración, le hizo un signo con la mano, para que se apartara, a tiempo que decía:

—¡Atrás, hija de Babilonia!... ¡Yo no escucho otras palabras que las palabras santas de Nuestro Señor!

Brincó con su gracia peculiar, nerviosa, Salomé. Y dijo, también como inspirada:

—Tu cuerpo, mísero envoltorio que oculta vergonzante la materia, cuerpo carroído por la lepra y demacrado por la mortificación, nada me interesa. ¡Yo no busco tu cuerpo!

El profeta, mirando al cielo, nada contestó. Salomé habló de nuevo:

—Tus cabellos, Iocanaan, son como las interminables noches negras en donde la luna no muestra su romántico resplandor, y en donde las estrellas lucen con terrorífico parpadeo en el firmamento.

A estas palabras de amor, contestó el profeta:

—¡Atrás, impura hija de Sodoma! ¡No me toques! ¡No infectes con tu contacto la hermosa limpidez del Templo augusto del Señor!

Salomé repuso con odio:

—¡Tus cabellos son horribles, Iocanaan! Se parecen enjambres de avispas negras entoscadas trágicamente alrededor de tu cuello... ¡Yo tampoco aprecio tus cabellos, Iocanaan!

Y como el profeta no dijera nada, agregó Salomé, otra vez con amor:

—¡Tu boca, Iocanaan, parece una banda de escarlatina que se destaca vigorosa sobre suntuosa torre de mástil! ¡Los gritos rojos de las trompetas guerreras que anuncian entre arbores de fuego la llegada de los reyes vencedores haciendo temblar al enemigo, no son tan rojos como tus labios, Iocanaan!

El profeta seguía mirando al cielo en silencio.

—¡Iocanaan, déjame besar tu boca!—añadió Salomé.

—¡Jamás!—replicó el profeta, como saliendo de un sueño, —hija nefanda de Babilonia!... ¡Jamás!...

Narrabath, herido por la terrible y venenosa flecha de los celos, que estaba asistiendo al tremendo suplicio de oír cómo Salomé se ofrecía al profeta, se acercó a ella y dijo, con voz conturbada por el dolor:

—¡Callad por piedad, princesa! ¡Callad!

Salomé no le miró, como si no le hubiese oído. Narrabath añadió:

—¡Princesa!... ¡No torturéis un corazón diciéndole al profeta semejantes palabras que mi amor no puede soportar!

Salomé, indiferente a este grito de un corazón deshecho, seguía diciendo al profeta:

—¡Déjame besar tu boca, Iocanaan!

Narrabath, entonces, dominado por su ardorosa pasión decepcionada, sacó su espada y se arrojó con ella su pobre corazón que tanto sufría. Su cuerpo, al desplomarse y caer al suelo, muerto, quedó tendido entre el profeta y Salomé. Esta, ni siquiera se dio cuenta de ello. Y hubo un momento en que, al alejarse el profeta, para seguirle, puso sus



pequeños y lindos pies sobre el cuerpo del hombre que tanto la había amado y que murió por su amor.

El profeta, que si se había percatado de que un hombre acababa de darse la muerte, mirando hacia el palacio, ajeno a la presencia de Salomé, exclamó con su voz inconfundible:

—¿No tienes miedo, Herodias? ¿El Angel de la Muerte comienza a cumplir su misión?

Salomé, cerca de él, insistía:

—¡Déjame besar tu boca, Iocanaan!

Iocanaan la apartó con un gesto y se dirigió por su propia voluntad hacia la cisterna.

Salomé, colérica, violenta, nerviosa, retorciendo su lindo y delgado cuerpo en escorzos hijos de la rabia, pisoteando el suelo, haciendo con su boca gestos desesperados, pues que ella se había quedado con grandes deseos de besar y de ser besada, dominada tan pronto por la negra pasión del odio, como por la fuerte y suprema del amor, pues una y otra pasión se confundían, en aquel momento, en su alma, corriendo de aquí para allá, se acercó a la reja de la cisterna, que ya había sido nuevamente cerrada por los soldados y, levantándose sobre las puntas de sus pies, para ver mejor al profeta, le gritó:

—¡Yo besaré tu boca, Iocanaan!... ¡Te lo juro por la grandeza de mi amor!

Odiaba al profeta, en aquel instante, con toda la fuerza de sus instintos. Pero le amaba aún más de lo que le odiaba. O mejor, le deseaba. ¡Besar la boca del profeta! ¿Qué delicia!

Agarrada a la reja, mirando con sus grandes ojos hacia abajo, parecía saborear esa delicia de los besos deseados.

De súbito, un clarín, con aguda estridencia, dió unos toques de alarma que resonaron en todos los

ámbitos del palacio e interrumpieron el báquico festín.

Salieron al patio soldados, servidores, sacerdotes, pajes y esclavos. El tetrarca, al descubrir el cadáver de Narrabath, exclamó, poniéndose las manos en el rostro, con terror:

—¿Qué significa esto? Yo no he dado orden de matar a este hombre.

Los soldados que hacían guardia en la cisterna, contestaron:

—Nosotros nada sabemos, señor. Ha sido el mismo quien se ha matado.

—Quítadlo pronto de aquí. ¡No quiero ver sangre!

Apartaron los esclavos al amigo de Narrabath, que lloraba junto al cadáver, y lo sacaron de allí.

El tetrarca, con sus acompañantes, se sentó en el patio, para continuar la fiesta, frente a la cisterna. Cogió una copa llena de vino y dijo a Salomé:

—Salomé, mójale con tus labios purpúreos, y en seguida yo la vaciaré por completo.

—Yo no tengo sed de vinos, tetrarca—contestó Salomé.

El tetrarca cogió una manzana y, mostrándola a Salomé, dijo:

—Salomé, muerde con tu boca deliciosa de carmín y de nieve un pequeño trozo de esta fruta, y yo comeré lo restante.

—Yo no tengo hambre de manjares, tetrarca—repuso Salomé.

Y miró fijamente, con su mirada de fuego, a la cisterna, como para significar que de lo que ella tenía sed y hambre, era de besos, de los besos pedidos al profeta.



El tetrarca, malhumorado, se volvió hacia Herodías y le dijo con tono de reproche:

—He aquí la desastrosa educación que has proporcionado a tu hija.

Herodías, herida en lo que suponía su dignidad, contestó:

—Mi hija y yo descendemos de esclavizada alcuvnia. Sangre real cruza por nuestras venas. No así tú—recalcó con ironía,—cuyo abuelo, guardando camellos, vivía del merodeo y del asalto.

—¡Calla!

Rió Herodías, mirando sensualmente a su paje.

Herodes, poniendo en su rostro un gesto amable, sonrió a Salomé y le dijo:

—¡Salomé, baila para mí! Yo te daré el trono de tu madre.

Salomé, dirigiendo una mirada a cuanto le rodeaba, y clavando otra vez sus ojos en los lieros que rodeaban la cisterna, sin mirar al tetrarca, en tono frío contestó:

—Mi espíritu no siente deseos de bailar, tetrarca.

La luna, desde arriba, parecía hacer un gesto de burla a todos. Iba hacia su ocaso, blanca, derramando aún, pero ya más pálida y amortiguada, su luz enfermiza.

### III

En la noche clara y primaveral, resaltaba, como el sueño de un pintor raro, la belleza maravillosa y perversa de Salomé. Herodes la miraba embelesado y también con un gesto, como de bestia, en su boca. Herodías, que acariciaba a su paje, no se daba cuenta de aquellas miradas de Herodes a su hija.

Después de haberse negado Salomé a bailar, el tetrarca guardó, unos momentos, silencio. Sólo balaban sus ojos, que pedían, que imploraban a Salomé que bailase. Pero ésta, con la vista fija en la cisterna, no se percataba de aquella limosna que los ojos de Herodes le pedían.

De pronto, más grave que nunca, con un timbre más sonoro, volvió a oírse, en todo el ámbito del patio, la voz de Iocanaan que clamaba:

—¡Ah, hija de Babilonia, la de los rabellos de oro y los ojos celestes, tras de cuyas pupilas acechar la torpe lascivia y la fascinación satánica!

Herodes se quedó un instante como aterrado. Le daba miedo, en verdad, el profeta y la voz del profeta. Era un temor a lo desconocido lo que se apoderaba del terrible, del sanguinario tetrarca de la Judea.

Herodías, al oír las palabras del profeta, gritó, colérica, violenta, autoritaria:

—¡Hacedle callar! Ese hombre no cesa de lanzar contra mí procacidades e injurias. ¡Hacedle ca-



llar! ¿Por qué no entregarle a la justicia del pueblo judío, que desde hace seis meses le busca para ejecutarlo? ¡Hacedle callar!

Y miró a su marido con mirada elocuente, más ríspide que lo habían sido sus palabras.

Herodes contestó:

—Ya te he expuesto varias veces las razones que tengo para no entregarlo al pueblo. Es un hombre que dice haber visto a Dios.

Herodías volvió a mirarle con mirada despreciativa.

Y como el profeta no dijo nada más, Herodes, sonriendo a Salomé, le rogó de nuevo:

—Deleita mis sentidos con la maravilla de tus voluptuosas danzas paganas, Salomé. Si danzas para mí, piden cuanto quieras, incluso la mitad de mi reino.

—¡No bailaré, tetrarca, no quiero bailar!

En torno al tetrarca, en las alrededores del patio, los sacerdotes, los soldados y los esclavos, en silencio, aguardaban cualquier mandato, cualquier orden, cualquier gesto que hubiera de interpretarse y cumplirse con rapidez.

Y del fondo de la cisterna salieron, como llamas, nuevas palabras de Iocanaan:

—¡Ah, hija de Sodoma! ¡Que el pueblo, tomando enérgica venganza contra ti, te insulte y te apedree, en legítimo castigo a tus liviandades.

Herodes volvió a temblar, como ante una amenaza implacable e ineludible. A Herodías, le brillaron los ojos, en pasión de odio, tal que si fuesen de acero.

Y el profeta continuó:

—¡Oh, impúdica mujer!... ¡Que los capitanes de guerra atraviesen tu cuerpo pecador con el tajante filo de sus espadas!...

Salomé, oyendo las palabras de Iocanaan, se retorció, miraba al cielo, miraba a la cisterna, se miraba a sí misma, sentía como una pasión fragorosa, indomitable, se adueñaba de ella una pasión en que el odio y el amor confundidos querían triunfar. El deseo de besar la boca del profeta se hizo en Salomé fuerza viva, fuerza que había de llegar hasta



el fin, fuerza que no admitía la derrota, fuerza que empujaba a una victoria, fuese como fuese. ¡Aquella fuerza demandaba, de un modo imperioso, la consecución de un deseo: el besar la boca de Iocanaan!

Y Salomé, en manos de esta fuerza, nacida en ella, pero que se había apoderado de ella, se dirigió a Herodes y le dijo:

—Si yo bailo en honor tuyo, tetrarca, ¿me darás cuanto yo te pida?



El tetrarca, viendo a Salomé dispuesta a bailar, contestó:

—¡Te lo juro, Salomé! ¡Por mi vida, por mi cetro, por mis dioses!... ¡Herodes jamás ha faltado a su palabra!

—Siendo así, yo danzaré para ti, tetrarca.

—¡No, no!—gritó Herodías, volviendo la espalda a su paje y mirando con odio a su marido y en actitud de ruego a su hija.—¡No! ¡Mientras que ese hombre, desde el fondo de la cisterna, grite en torbellino impetuoso de injurias, dirigidas contra mí, no quiero que mi hija baile!

Pero ni el tetrarca ni Salomé escucharon esas palabras de Herodías. Estaban entregados por completo, cada uno de ellos, a su propio deseo. Herodes al de satisfacer sus sentidos viendo a Salomé danzar. Salomé al de obedecer a la fuerza que la impulsaba para lograr su propósito de besar la boca de Iocanaan.

A un gesto de Herodes, los sacerdotes y los soldados se apartaron a un lado del patio; y los pajes corrieron a avisar a unas lindas sensuales bacantes para que acompañaran a Salomé; y los esclavos fueron a traer a los músicos, los cuales no tardaron en llegar, provistos de los más raros y extraños instrumentos.

En un momento, todo estuvo dispuesto. Las bacantes eran siete, cada una con un velo. Formaron un cerco; dentro de él, Salomé se cambió las ropas. Cuando las bacantes se alejaron de ella, quedó envuelta en los siete velos. Iba a bailar la danza llamada de los siete velos.

Herodes miraba a Salomé con los ojos fuera de las órbitas, en tanto que ella se disponía a emprender la danza. Herodías, viendo que había sido inútil su ruego para que su hija no bailara, volvió

a entregarse a su orgía de caricias con su paje favorito.

Los músicos, sin dejar de tocar sus raros instrumentos, miraban, con entusiasmo, a la bailarina. Y los soldados, y los pajes, los esclavos y los sacerdotes, maravillados, la miraban también, unos con admiración, otros con entusiasmo, otros con deseo, todos con pasión contenida, pero evidente.

Claro es que la miraban porque se habían dado cuenta de que el tetrarca estaba absorto y no se percataba de nada de lo que ocurría a su alrededor. De no ser así, ninguno se habría atrevido a poner sus ojos en la princesa. Sabían que ello habría sido pagado con la muerte.

Salomé, esticándose, con un esorcio magnífico, comenzó la danza. Su cuerpo gentil, tan delgado y tan delicado, sus brazos, sus piernas, su cabeza, tirada hacia atrás, toda ella, en fin, se estremecía siguiendo los ritmos de la música, sensual y voluptuosa en grado máximo.

Como una bayardera, como una danzarina oriental, guardaba, con maestría inimitable, la armonía estatuaría de su figura, de acuerdo cabal y logrado con la música. Muchas veces, cuando su actitud había de ser quieta, parecía arrastrada de un friso. Jamás cuerpo vivo de mujer tuvo tales moldes, niéncias de perfección y de gracia. A veces, parecía un sueño; otras, una pesadilla; otras, la creación atormentada de un cerebro víctima del insomnio; otras, en fin, algo increado, como el divagar de un artista extravagante e incapaz de crear el fruto de sus divagaciones. Y por encima de todo esto, la danza de Salomé, bailada por ella con todo el fervor lújo de sus deseos, era de un refinamiento sensual insuperable. Algo como los sal-



tos de un adolescente primitivo en la época de la pubertad, cuando siente y aun no conoce las delicias del amor.

Salomé, estatua viva, carne de pasión, flor deliciosa y perversa, ensueño de adolescente, danzando, empezó a desvestirse de los velos, y, a medida que danzaba, envuelta en ellos, daba a su cuerpo actitudes de una plasticidad inigualada, ya fueran sensuales, ya voluptuosas, ya de reposo, o bien de combate pasional.

Al fin, con un gesto de arte y de refinamiento supremos, terminó de danzar; la danza tuvo, en el final, algo sagrado, como de rito.

En todo el patio reinó, por unos instantes, benditos de eternidad, un silencio total.

Los músicos, los soldados, los sacerdotes, los esclavos y los pajes, permanecieron con los ojos abiertos, como si hubieran asistido a la revelación de un misterio.

Herodes, maravillado, pues nunca había visto a Salomé danzar de aquel modo, no acertaba a decir palabra.

La voz del profeta, más bronca y amenazadora en aquel silencio de muerte, exclamó:

—¡Ah! ¿Que le aplasten sobre sus escudos!

Estas frases terribles arrancaron al tetrarca de su ensimismamiento. Pero no, como antes para temblar, sino para expresar su entusiasmo por la danza de Salomé. Dirigiéndose, pues, a ella, que aun permanecía en la misma actitud en que quedó al terminar la danza, Herodes dijo:

—¡Esto es magnífico, sorprendente! ¿Qué quieres de mí, Salomé? Pide. Di... ¿Qué quieres?... Cuanto apetezcas, te será otorgado...

Salomé se puso en pie y fué hasta cerca del tetrarca. Y dijo:

—Deseo que en una fuente de plata me traigan...

—¿Qué puedan traerte en una fuente de plata, adorable y adorada Salomé?

—Deseo que en una fuente de plata me traigan... la cabeza de Iocanaan...

Herodes retrocedió, en su asiento, espantado, llevándose ambas manos al rostro, como si estuviera en presencia de un espectáculo terrible y repugnante.

Herodías, que a pesar de hallarse muy ocupada prodigando caricias y atenciones a su paje, había oído la petición de su hija, volvió la cabeza, como empujada por una fuerza exterior, y con un gesto de alegría infinita en todo su rostro, señaladamente en los ojos, que le brillaban, cegadores, exclamó alborozada:

—Muy bien, hija mía. Has demostrado el respeto y el amor que tu madre, ultrajada inicua-mente por ese hombre, debe merecerle.

El tetrarca, temblando de terror, temeroso y tímido, asombrado, débil, dijo a Salomé:

—No escuches los consejos absurdos de tu madre, Salomé. No insistas en una petición tan horrible y espantosa. Estoy seguro de que sólo has querido darme una pesada broma; de que sólo has intentado demostrarme lo caro que puede costar un capricho. Pero supongo que tus palabras no tienen otro sentido. Es imposible que me pidas tamaña cosa.

—¡Quiero la cabeza de Iocanaan!—insistió Salomé, como si no hubiese oído las palabras de Herodes.

—¡Pídemela!—replicó el tetrarca, cada vez más tembloroso—la mitad de mi reino, y yo te lo con-



cederé sin escúpulo y sin que vacile mi conciencia.

Salomé, inexorable, repuso:

—No olvides que has jurado, Herodes, y que el tetrarca jamás se desdice de sus juramentos.

Herodes sintió que estas palabras se clavaban en su pecho, tal que si fueran espadas. Miró en torno suyo, como buscando la ayuda de un poder superior y desconocido; miró a Salomé y, con voz en que había entonación de mendigo que pide una limosna, rogó:

—...Yo tengo la esmeralda más grande, y la más valiosa del mundo. ¿La quieres? Estoy dispuesto a concedértela.

Salomé, sin mirarle, dominada por su deseo, por su odio, o mejor, por su amor, que era mucho más grande que su odio, volvió a repetir con voz clara, rítmica y armoniosa como el sonido de un arpa:

—¿Quiero la cabeza de Iocanaan!

#### IV

Herodes buscó, durante un largo rato, en su mente, el recuerdo de las cosas más valiosas que poseía para ofrecerlas a Salomé a cambio de lo que ésta le pedía. Después de la mitad de su reino y de la esmeralda maravillosa, nada tenía de tan alto valor. Pero pensando que otros objetos podían valer más para la danzarina de ensueño, pasaba revista, imaginariamente, a sus joyas, a sus animales, a sus posesiones.

En torno, el silencio, cada vez parecía más lleno de presagios, de terrores y de amenazas. La voz del profeta no se había oído hacía ya largo rato. Herodías, viendo la firmeza de su hija, sonreía. Los sacerdotes, participaban del terror del tetrarca. Los esclavos temblaban, presintiendo algún mal para ellos. Los pajes parecían interrogar al silencio sobre los resultados, sin duda funestos, de aquella escena. Los soldados también temblaban, no sabían bien por qué.

El tetrarca, a cada momento que pasaba, más sumido en su desesperación y en su miedo, dijo, con tono más humilde aun, a Salomé:

—¿No conoces mis pavos reales blancos, Salomé, mis bellos y fumosos pavos reales blancos? Entre ellos, tú, aparecerías como la luna, poética y majestuosa, envuelta en magnífico manto de blancas y vaporosas nubes.



Salomé, nerviosa ya e impaciente, repuso en voz más alta que anteriormente:

— ¡Dame la cabeza de Iocanaan!

La luna se ocultó tras de unas nubes negras y el patio quedó en una semioscuridad blanquecina y gris, la cual hizo más visible el gesto del tetrarca. Estorzándose, habló de nuevo:

— ¡Exígeme las joyas riquísimas, el caudaloso río de oro que encierra mi reino!

Tan expresivas eran las palabras de Herodes, y tal deseo de convencer ponía en ellas, que ante los ojos de todos aparecía, como en un sueño, lo que prometía él a Salomé: los pavos reales blancos, la maravillosa esmeralda, el montón de joyas, el río de oro... También aparecía todo esto ante la vista de Salomé, pero ella lo miraba con indiferencia. Nada de aquello le importaba. Quería la cabeza del profeta para poder besar su boca. Este era su único deseo...

El profeta, entretanto, pensando, en lo hondo de la cisterna, sin duda alguna, en Salomé, volvió a hacer oír su voz de timbre grave, sonoro, armonioso, inconfundible:

— ¡Señor, que abomine de este ambiente enrarecido por aires de vicio y de corrupción!

Salomé, al oírle, sintió como vibraban todos sus nervios y demandó, de modo ya imperativo, ante el que no había nueva demora:

— ¡Quiero la cabeza de Iocanaan!

Y Herodes, desesperado, volvió la cabeza para no ver más a Salomé a tiempo que decía:

— ¡Bien se ve que es la hija perversa de la cruel Herodías!

— ¡Quiero — insistió Salomé, más imperativa aún — la cabeza de Iocanaan!

Y como Herodes ya no contestara, todos com-

prendieron que acababa de ser sentenciado el profeta.

Herodías, viendo la llave de la cisterna en el cinto de su esposo, la cogió y la entregó a su hija. Y ésta, sin titubear, la alargó al verdugo, el cual abrió la puerta de la prisión y bajó al fondo de ella, en busca del que iba a morir.

Un terror inmenso se apoderó de todos. Todos, en el patio, temblaban. Herodes, que continuaba con la cabeza vuelta hacia el palacio y apoyada en el respaldo de su asiento, no se había dado aún cuenta de lo que pasaba.

Salomé, en medio del sitio libre en el centro del patio, allí donde había danzado, cegada por su odio inmenso, que en aquel momento sobrepujaba a la inmensidad de su amor, procuraba cestrar sus sentidos a todo laido de piedad que en ellos pudiera nacer, deseosa solamente de llevar a cabo su terrible deseo. Cuando vio que el verdugo tardaba en salir con la cabeza del profeta, comenzó a impacientarse, estremeciéndose toda ella, como antes en la danza, y retorciendo su cuerpo en convulsión refinada y perversa; no era nada más que un manojo de nervios en tensión extraordinaria, pronto a romperse, como las cuerdas de una guitarra demasiado tirantes.

El verdugo, en efecto, tardaba. Menos cruel que Salomé, cuando se vio al lado de Iocanaan, advirtió que le abandonaban las fuerzas, creyó que le iba a faltar valor para ejecutar el criminal designio. Iocanaan, que le vio temblar, le bendijo, con voz emocionada, abrasado por la fe de las sublimes doctrinas del Señor. Después, sereno por virtud de esta fe, se dispuso a morir con admirable estoicismo.

Salomé, no pudiendo ya resistir su impacien-



cia, se asomó a la puerta de la cisterna y, viendo las dudas del verdugo, se volvió hacia el tetrarca y gritó:

—¿Este verdugo es un cobarde!

Nadie le contestó.

Insistió ella:

—¡Hacen falta soldados que no tiemblen con pavor al cumplir su cometido!

Tampoco le contestó nadie.

Entonces, se dirigió al amigo de Narrabath y le dijo:

—¿Tú fuiste el amigo de Narrabath, que ya ha muerto? Pues bien, baja y da muerte al profeta. Creo que no hay bastantes muertos todavía.

El amigo de Narrabath no se movió del sitio donde se hallaba.

Salomé, alzando su voz, gritó:

—¡Tetrarca, tetrarca!... Manda a tus soldados que me traigan lo que te he pedido, lo que has prometido, lo que por tu juramento me pertenece...

El verdugo, que oía desde el fondo de la cisterna a Salomé, sabiendo que en aquello le iba la muerte, cumplió su terrible cometido. Un momento después, en una fuente de plata, tenía, en sus manos, Salomé, la cabeza de Iocanaan.

Como aun llevaba el último de los siete velos con que habían danzado, cubrió con él la fuente y ocultó la cabeza. Con ella así, comenzó a andar por el centro del patio, como inspirada, como cumpliendo algún rito bárbaro, como en el primer tiempo de alguna danza sagrada, primitiva y salvaje. Y habló, con voz que tenía las entonaciones más maravillosas que nunca hayan podido oírse:

—¡Tú me has despreciado, Iocanaan; tú has desdeñado mi amor rebajándolo con calificativos infamantes! ¡A mí, hija de Herodías, princesa de

Judéa, por todos los hombres temida y adulada!

Después de esto, puso la fuente en el suelo y se arrodilló a su lado.

Miró un momento a la luna, y a todas las cosas que había en torno suyo y luego habló de nuevo, con otra entonación, todavía más delicada, en su voz:

—¡Ah, Iocanaan, Iocanaan!... ¿Tú has sido el único hombre a quien yo he amado!... ¡Los demás sólo me inspiraron desprecio o repugnancia!... ¡Te amo, y te amo aún, por encima de todas las cosas!...

Alzó el velo y ocultó su cabeza debajo de él, junto a la cabeza cortada del profeta. De vez en vez, el velo se movía. Salomé, loca, apasionada, frenética, estaba besando la boca de Iocanaan. La besó, una y otra vez, durante mucho rato. Luego, volviendo a levantar, ante la vista de todos, su rostro maravilloso, ahora transformado y como iluminado, exclamó con voz estremecida:

—¡Ah, Iocanaan, ya he besado tu boca! Este amor ultraterreno tiene un sabor trágico y amargo... Mas, ¿qué importa? ¡He besado tu boca, Iocanaan!

Y dejando la fuente de plata en el suelo, que un esclavo se llevó en seguida, se puso en pie, desahogada, con una mirada en sus ojos que infundían miedo. Nunca fué tan bella Salomé como en aquel momento. Su delgado cuerpo de adolescente, estirado hacia arriba, fino como una caña, bello como la más bella planta; sus ojos, brilladores; su boca, que parecía una flor, roja y abierta como para recibir todos los besos y todas las caricias imaginables, todo su ser, en fin, era una maravilla, angelical y demoníaca, perversa y deliciosa. El diablo no pudo imaginar nunca una



cosa tan tentadora. Era la personificación del pecado.

Herodes, volviendo en sí de su desesperación, de su angustia, de su terror, y viendo a Salomé ante él, como un terrible espectro, gritó:

—¡¡Matad a esa mujer!!

Veinte soldados rodearon a Salomé. Un momento después, ella alzó los brazos, para recibir, en su bello cuerpo, las veinte heridas de las veinte espadas.

Estaba serena, tan serena como poco antes el profeta. Era visible que nada le importaba morir, habiendo muerto ya Iocanaan.

¡El sublime y grande misterio del Amor, es más portentoso que el grande y sublime misterio de la Muerte!

A este misterio se entregó Salomé con una tranquilidad desconcertante. ¿Qué le importaba ya morir?

FIN



# Nueva Colección de Postales-retratos

DE

## ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

(FOTOGRAFIAS)

AUNES AIRS	PAULINA FREDERICK
ABEUCHE ROSCOE (Patty)	ELIZABETH FAIR
MARY ANDERSON	ELISE FERGUSON
ART AORD	ALICE H. FRANCIS
ITALIA ALMIRANTE MANONI	MAUDE GEORGE
FRANCISCA BERTINI	JAQUELINE GIBSON
ALICE BRADY	EDUARDO (Hoot) GIBSON
ENNID BENNET	OLGA HORTON
CONSTANCE BINEY	LILLIAN HALL
MICHAEL BARTHELMES	CAROL HOLLOWAY
GEORGE BISCOOT	STELLA HAYALAWA
ALFRED BERNAT	WALTER HILLY
MARGARITA CLARK	HUGH HOLLIS
JAWEL CARMEN	WILLIAM S. HART
MARY CARMY (Carmen)	CHARLES HUTCHINSON
GRACE CUNARD (Lucille Howe)	WANDA HAWLEY
JUNE CAPRICE	GARY HUGES
JANE COLW	JACK BOXIE
ALBERTO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
MARCOVA GABRI	ALICE JOYCE
IBERN CASTLE	IRATRICK JOY
CHARLES CHAPLIN (Charles)	ROMUALD JULIE
CHARLES CHAPLIN (Charles)	MARIA JACOBINI
LOU CRANEY	MADGE KENNEDY
ELNA CHADWICK	BUSTER KHATON (Famplina)
LOU DORATNE	DORIS KENTON
BIRSE DANIELS (Siba)	MOLLIE KING
DOROTHY DALTON	JAMES KIRKWOOD
HELENA DABLY	TILDE KASSAY
VIOLA DANA	NORMAN KERRY
KATHERINE MAC DONALD	MAIRA KARRERE
WILLIAM DUNOAN	NATALIA KOWANNO
CAROL DEMETER	OLGA KIMBALL
RACHEL DAVERIS	LOISE LOVELY
PRISCILLA DEAN	BERT LITELL
EDWINAL DEMI	ELMO E. LINCOLN
WILLIE DOVE	HESSIE LOVE
LENIA DESNI	DOUGLAS MAC LEAN
WILLIAM DESMOND	VITOREA LEPANTO
MIS DU-PON	MICHELLE LEWIS
MAXINE ELLIOT	HAROLD LLOYD (H)
MARGARET FISHER	MARGARET LIVINGSTON
FRANCIS FORD (Conde Huro)	LUISE LOBBRAINE
WILLIAM FARNUM	ANNA LITTLE
FRANKLIN FARNUM	LAURA LA-PLANTE
DOUGLAS FAIRBANKS	MAX LINDER
GERALDINA FARRAR	MAE MURRAY
	BLANCHET MONTEL

MARGARET MARSH  
MARY WILKS-MINTER  
MAE MARSH  
GASTON MITCHELL  
SHIRLEY NASON  
TOM MIX  
M. MATHIE  
TOM MOORE  
JACK MULHALL  
LYA MARA  
ANTONIO MORENO  
THOMAS MERRIAM  
GINETTE MADDIS  
MAUETTE  
SANDRA WILSONAVOFF  
CHARLES MACK  
FRANK MAYO  
POLA NEGRI  
ALLA NAZIMOVA  
RENEE NAVARRA  
MARIE NORMAND  
ANA Q. NILSON  
SENA OWEN  
MARIA OSEBORN  
LIVIO PAVANELLI  
DORIS PAWN  
EILEEN PERRY  
JACK PICKFORD  
EDDIE POLO  
BART PAGE  
MARY PICKFORD  
MARY PHILBIN  
MARIE PREVOST  
JEAN PAGE  
KNNY PORTEN

PRINCE (Salustiano)  
ROSE PITTS  
WILL ROGERS  
WILLIAM RUSSELL  
WALLACE RUD  
CAMILO DE RISO  
HERBERT RAWLINSON  
EUTH ROLAND  
CHARLES RAY  
JOE RYAN  
FRITZI BRUGEWAY  
MARCELLE HOLLET  
M. RINSONI  
PATRI RUTH MILLER  
PAULINE STARK  
GUSTAVO SERENA  
LARRY SIMON  
GLORIA SWANSON  
ANITA STEWART  
CHARLES SELWYNE  
MAURINE TRAVERSE  
OLIVE THOMAS  
NORMA TALMADGE  
CONSTANCE TALMADGE  
ALICE TERRY  
VERA VERBANI  
VIRGINIA VALLI  
RODOLFO VALENTINO  
FANNIE WARD  
PEARL WHITE  
GEORGE WALSH  
MARIE WALCAMP  
BEN WILSON  
GLADIS WALTON

20 CÉNTIMOS EJEMPLAR

Diez por ciento descuento tomando toda la colección.

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por Giro Postal a Publicaciones Mundial.-Aparado 925, Barcelona.



TIP. COSTA.-BARCELONA



# Cine Popular

Revista semanal ilustrada. — Sale los miércoles. — 20 páginas con profusión de grabados, elegantes cubiertas a colores y preciosas fotografías por el nuevo procedimiento del huecograbado. — Precio, 20 céntimos.

**CINE POPULAR** no es una revista cinematográfica como tantas en su género, únicamente interesantes a los industriales, comerciantes y personas relacionadas con este arte. No es tampoco una publicación, aunque excelente, cara.

**CINE POPULAR** reúne a las condiciones de economía todas las excelencias de información, ilustración gráfica, actualidad e interés de las mejores revistas, aventajándolas aun en muchos casos, ya que sus artículos son originales y sus informaciones inéditas en España. A esto junta, como su nombre indica, el especialísimo interés popular, social y artístico, tratando estos asuntos e ilustrándolos con la simpatía y docto conocimiento que se merecen.

Además de los artículos, críticas, informaciones, etc., contiene cada número cuatro páginas de folletín encuadernable, argumentos de las principales obras, siluetas documentadas de los grandes artistas, cuentos y anécdotas del Cine, notas de interés, etc., etc.

Tiene además, a disposición de sus lectores, una magnífica colección de argumentos cinematográficos elegantemente editados y un archivo riquísimo de postales de todos los artistas de la pantalla.

Para pedidos: «Publicaciones Mundial»,  
Barbará, 15. Apartado Correos 925. Barcelona